

En *Rupestre, el documental*, el periodista Raúl de la Rosa enfatiza que era una época en la que había una gran represión y prohibición a todo lo que sonara joven o a rock. “Después de la experiencia de la banda Chicago en el auditorio nacional y de Avándaro (festival de rock) se estigmatizó y se prohibió todo”. Fueron eventos que según la versión oficial se salieron de control, la razón: la juventud nacional no estaba lista para ese tipo de espectáculos. El gobierno los prohibió totalmente.

Lo bien visto, era, por ejemplo, todo el asunto de lo vernáculo “y esa cuestión no pertenecía a nuestro rollo. Nuestra forma de expresar no era muy bien vista por los medios de comunicación y al no ser bien visto, las posibilidades de trabajo también eran menores, enfrentábamos a lo que nosotros llamamos el sistema”, enfatiza Arrellin.

En esa necesidad surgen, de la mano de Los Rupestres, las primeras manifestaciones culturales manejadas por la propia sociedad civil. Las nuevas generaciones comenzaron a rechazar a la política y marcaron una pauta de cómo se vivirían las expresiones artísticas tiempo después.

En el material audiovisual antes mencionado, Armando Ponce del *Semanario Proceso* declara que Los Rupestres alteraron la visión que se tenía de la ciudad, del estado y del país. “Para una generación incluso como la del 68, el país no ofrecía una visión de desencanto, sino que era salvable; las expresiones de la música de Los Rupestres no son expresiones de salvación, es una

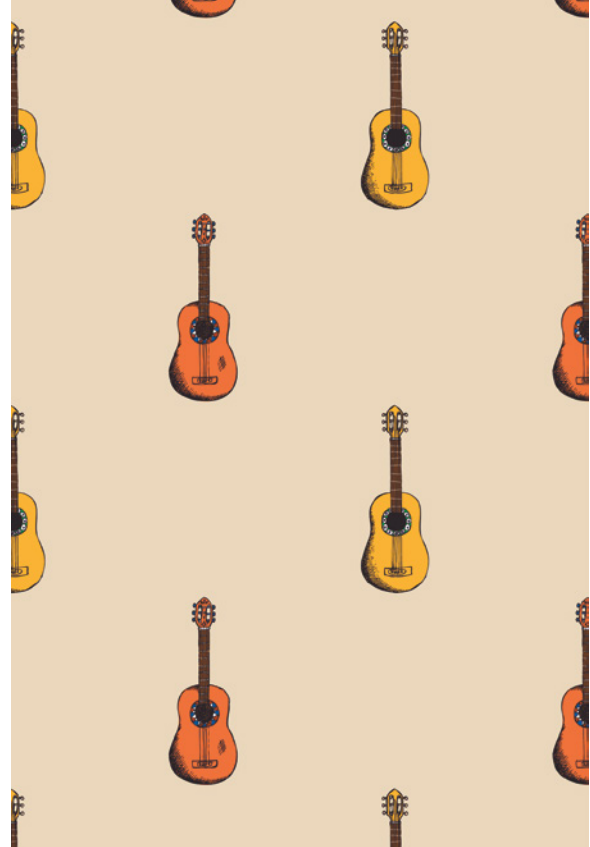


Foto: Freepik

expresión de un desastre que ha ocurrido y que ya no podemos modificar, lo que queda es la expresión del poeta, la expresión lírica, la expresión del individuo”.

Ya se escribió: había adversidades, pero el grupo de contestatarios, por su cuenta o juntos, siguieron compartiendo sus rolas en donde se podía, ellos mismos generaban los espacios y repartían volantes de sus eventos. En su caso, Fausto Arrellin trabajaba en tocadas con Rockdrigo. “Pasé a formar parte del grupo Qual y con el Rockdrigo nos sobraba la chamba, decenas de tocadas y una obra de teatro escrita por José Agustín -donde interpretábamos la música del Rodrigo- fueron el pan de cada día hasta aquel inevitable 19 de septiembre”.

Roberto González (rupestre) narra a través del documental, que luego de una tocada que realizó junto con Rockdrigo, este último decidió ir a su casa en lugar de acudir a una fiesta. “No quiso ir a la fiesta, tenía unos compromisos y se quiso regresar a su casa. El terremoto me despertó, pero me di la vuelta y volví a dormir. Al día siguiente, al medio día, prendo la televisión y entonces me doy cuenta de lo que había sucedido. Llamé a Rockdrigo porque él vivía en la zona más afectada y el teléfono sonaba ocupado”. El edificio en el que vivía Rockdrigo se desplomó en el temblor de 1985. Sepultado quedó su cuerpo, pero su legado musical continúa vivo en las voces y guitarras de Los Rupestres, sus hermanos del asfalto.



Foto: Twitter

Boleto de entrada para el festival de rock Avándaro.